

Más allá de la técnica



Kenshinkan dôjô 2021

Más allá de la técnica

Nunca tuve duda al respecto: aquel estudiante tenía un don natural para el Budô.

Apoyado en una primera observación, podía reproducir sin mácula cualquier kata que acabara de presenciar. Aquello para lo que algunos de nosotros -humildes obreros del Budô- necesitábamos años de insistente trabajo, dejándonos en el empeño algo más que tiempo y energía, en él tomaba forma perfecta cuando lo ejecutaba por primera vez. Y así continuó, hasta que completó, en tiempo récord, el programa de aprendizaje de la escuela que estudiaba.

Como es fácil de suponer, aprendiendo a una velocidad semejante, llegamos pronto al último grupo de katas. Su progresión había sido tan rápida que, incluso, comenzaba a interesarse ya por otras tradiciones marciales, pues en esta, a la que había dedicado un tiempo relativamente corto, sus días parecían estar contados.

Le sugerí que una vez completado el programa del ryû podría comenzar a trabajar consigo mismo, pero me respondió con sorpresa y altivez argumentando que había superado todas las fases propuestas y retenía en la memoria los detalles técnicos que se le habían enseñado.

Como además de tener esa capacidad de aprendizaje era inteligente y sincero creí que era el momento de llevarle un paso más adelante. Le pregunté:

¿Conoces dónde está el límite de tu paciencia?

¿Cuál crees que es la intensidad real de tu concentración?

¿Qué grado de implicación sostienes cuando acometes tu trabajo?

¿Dónde situas el umbral del dolor que te bloquea?

¿Son sólidas las razones en las que fundamentas tu práctica cuando te persiguen el abatimiento, la depresión, la euforia o la pérdida?

¿Hasta qué punto consigues superar ese miedo que paraliza y atenaza la vida?

¿El estímulo de tu aprendizaje lo dejas en manos de otro o eres dueño de tu motivación?

Es ahora cuando puedes enfrentarte a causas como estas utilizando esa herramienta que has desarrollado. La técnica no es, desde luego, una estación terminal, sino el inicio de lo que ha de ser el verdadero aprendizaje, ése que trascenderá tus límites físicos y te mostrará, verdaderamente, el alcance de tu conocimiento.

Aceptó la invitación. Y lo hizo durante años, triunfando sobre sus primeros conceptos, sus primeros esquemas, sus primeras metas, antes de descubrir con el ejercicio de la técnica otros destinos de mayor calado.

A día de hoy, este viejo budoka no está en activo. No obstante, siempre hay una silla vacía en el dōjō para que la ocupe quien desee visitarlo y, de tiempo en tiempo, es él quien la ocupa.

Una mañana cualquiera me confesó que había llegado a una conclusión muy personal: ya no necesitaba practicar la técnica de una forma de Budô para sentirse un verdadero budoka.

Y yo lo entendí.

Evolución dinámica

Todos buscamos seguridad.

Renunciar al espacio conocido, abandonar el hogar, dejar atrás aquello que ha costado años conquistar, es una empresa que pocos desean.

Escuelas, sistemas y linajes ofrecen estabilidad al practicante de un Arte Marcial, siendo desde ahí desde donde la mayoría se expresa, opina, debate y defiende sus posturas.

Sin olvidarse de ese lugar en el que uno ha encontrado la paz, el camino del Budô prosigue avanzando en una suerte de evolución dinámica a través de un cambio que no ha de implicar ruptura alguna con el pasado, pero que nos obliga a modular nuestra apriorística perspectiva, haciéndola más personal, libre y humana.

Las experiencias de otros no son las nuestras. Tampoco lo son sus ideas, deseos, aciertos o errores. Hablar con palabras que no nos pertenecen no denota sino estancamiento, acomodación, complejo o inseguridad.

Necesitamos darnos una oportunidad: la de ser nosotros mismos.

En mi opinión, debe de existir algo más allá del sistema o del linaje en dónde puedan confluir los practicantes de Budô. Es en ese punto dinámico donde unos y otros podremos encontrarnos, relacionarnos y aceptarnos como iguales en medio de nuestra diversidad.

Disciplina entendida

Le explicaba que la bicicleta en la que iba montado era un verdadero ejemplo del orden al que me refería.

¿Podría avanzar, siquiera un metro, con una rueda pinchada? No. Toda ella era una muestra de disciplina, algo que no era sino el orden que debatíamos.

La palabra le sobresaltó por asociarla a tiempos pretéritos, episodios de la historia que él no había vivido, pero sí escuchado una y otra vez en su facultad, tiempos que hablaban de coacción, sometimiento, acatamiento o falta de libertad a la hora de opinar.

No obstante, la disciplina a la que yo aludía no era esa, desde luego, sino otra muy distinta: madurada, entendida, comprendida y no impuesta, sino aceptada.

La belleza también existe en la disciplina que es orden. El espacio se distribuye armónicamente, las palabras se modulan y suenan como música, el movimiento pone en sintonía cuerpo, mente y espíritu reuniendo, en un solo impulso, estas tres fuentes de energía creando así una técnica perfecta.

Ocupar el lugar que a uno le corresponde, acometer diligentemente el trabajo, ser una parte del grupo, cumplir con la función encomendada, aceptar un consejo sin perder la estima, son algunas muestras de disciplina. Si no existe la disciplina, que es orden, llegará inexorablemente el desorden, un lugar que no trae sino el caos, un lugar en el que es imposible avanzar.

Entendiendo pues la disciplina, comprenderemos su necesidad, valorando la posibilidad de utilizarla en nuestro beneficio y en el de los demás.

Kenshinkan dôjô 2021